

les de este por haber juntado ya la humanidad por las leyes antoninas en un solo cuerpo y haber escrito el derecho civil, aplicacion á la vida práctica de toda la filosofía antigua, nada le quedaba que hacer á la Roma antigua, sino morir en la tierra. El sensualismo la habia devorado por completo. La autoridad despótica constituia su gobierno; la fuerza material su recurso; la servidumbre de todos su Estado; la sensualidad llevada á los extremos últimos su vida: amontonábanse como ganados los pueblos en su Imperio y como despojos los dioses en su panteon; al pié del ara ardía un fuego no animado por el fuego de las ideas y en lo interior del templo se oía un cántico no sostenido por la inspiracion de la fe; resonaban las cítaras en los palacios de mármol, donde yacian tendidos sobre lechos de púrpura los reyes de la tierra, resonaban las cítaras con las cadencias de la voluptuosidad y poblábanse los circos de gladiadores cazados como fieras y muertos á millares para divertir unas cuantas horas de ocio; el César era un déspota, el senado un cortesano, el pueblo un siervo; y tantos y tantos crímenes pedian á voces los tremendos castigos apocalípticos, que se cumplieron, cuando se alzaron los hijos de las tinieblas, cuyos campos solo producian oscuras encinas para tallar chuzos y cuyas tierras solo encerraban hierro para forjar lanzas; engendrados en los carros de guerra, nacidos en un punto, criados en otro; nómadas como las nubes del aire, movibles como las arenas del desierto, numerosos como las ondas del mar, misteriosísimos como los efluvios de la peste, heridos en su cara por el cuchillo de sus padres para que gustaran primero que la dulce leche maternal la acritud de la propia sangre; acostumbrados á dioses que tenían por holocausto la matanza, á libaciones ofrecidas en humanos cráneos, á guerras incesantes, á la compañía de los lobos que aullaban á una en sus vanguardias y de los cuervos que seguian con siniestros graznidos sus pasos, yendo como estas alimañas carniceras, donde quiera que les llamara el combate, mas que á gozarse en la victoria, á derribar por derribar y á cumplir de esta suerte providenciales é inevitables venganzas.

¿Qué hubiera sido en tal sazón de Roma y de la cultura universal, á no existir la Iglesia y su jefe nato el Pontífice? Dos caracteres tuvo la invasion germánica, la cual fué en un principio pacífica y al fin del imperio guerrera. Desde los tiempos de Mario, es decir, muchos siglos antes de la catástrofe

final, reclutábanse los germanos por dos medios en Roma, por la servidumbre y por la milicia. En virtud de la servidumbre llenaban los abismos de aquella sociedad y en virtud de la milicia las cimas, llegando á la alta dignidad de generales y aun de emperadores. Pero la ficcion de un imperio latino, que se asentaba sobre las armas de un pueblo bárbaro, no podía durar, y quien tenia la fuerza, estaba destinado necesariamente á reclamar la autoridad y el poder. El bárbaro, delante de una Roma tan corrompida, léjos de servir, iba por la fuerza misma de las cosas á mandar y á imperar. Los recuerdos de la Roma pura, de la Roma republicana, de la Roma libre, de tal suerte ponian miedo en los ánimos de los últimos romanos, que los Césares de aquella hora tremenda como Honorio, por ejemplo, huyen de la Ciudad Eterna, cual si su poquedad no pudiera vivir en el seno de tanta grandeza, y habitan la Rávena inhabitable, donde Aecio, el último patricio, se casa con una mujer bárbara; donde el godo Estilicon se ciñe la autoridad imperial; donde negros mauritanos se ponen al frente de los ejércitos; donde los descendientes de los conquistadores del mundo solo sirven para guardar en el corral las gallinas, á las cuales decoran, como para vilipendiarlo mas, con el nombre de la capital del mundo, mientras los eunucos, á guisa de cortesanos asiáticos, forman los consejos y componen las consultas áulicas en aquel imperio, que podrido él mismo, podría con su gangrena irremediable á la conciencia y á la tierra.

Así no es mucho que un general bárbaro, como Alarico, sintiera una voz providencial y misteriosa, que le llamaba con grandes llamamientos á Roma. Ignoraba el camino, ni mas ni menos que el viento ignora los espacios capaces de ser recorridos por sus ráfagas; ignoraba las gentes que le seguian, ni mas ni menos que ignora la tromba en el mar ó en el desierto las gotas de agua ó los granos de arena componentes de sus devastadoras espirales; ignoraba su propia fuerza como cualquiera de esas plagas horribles que de vez en cuando perturban la naturaleza y emponzoñan la vida; pero instintivamente, como si olfateara la inmensa presa, toma la vía flaminia, la vía de los generales romanos vencedores, por donde César volvió de las Galias y por donde entraron la mayor parte de los cautivos y de los vencidos; por donde Aníbal, aborto del Africa, experimentó á la vista de Roma un terror no experimentado ahora por los abortos del Norte; y sin curarse ni de los arcos

triunfales, ni de las columnas erguidas, ni de los templos resplandecientes, ni de las estatuas marmóreas, ni de los dioses múltiples que coronaban las augustas eminencias de las siete colinas, tapió las doce puertas, cortó la navegación del Tíber, puso sitio tan estrecho que los ciudadanos, después de haber devorado todas las víctimas destinadas á los sacrificios religiosos, se mataban unos á otros para alimentarse de humana carne los sobrevivientes, y muchas madres se volvieron locas y devoraron á sus propios hijos, como en la antigua Jerusalem sitiada por los romanos, y los esclavos salieron de sus ergástulas en este día supremo, como podrian salir los muertos de sus sepulcros en el día del juicio universal, y corrieron al campo del vencedor, hasta que Roma cayó vencida, y rota, y fueron violadas sus mujeres sobre charcos de sangre, arruinados sus templos entre las llamas del incendio, devastadas sus calles por aquellas fieras, para que se cumpliesen las divinas justicias y no quedase sin castigo ningun gran crimen en las páginas de la humana historia. Y toda la tierra europea es lo mismo en esta hora apocalíptica, toda, una pira; toda, un lugar de matanza; toda, un desierto de escombros; toda, un cementerio de insepultos cadáveres: el galo siente la rodilla del franco sobre su garganta; el vándalo tiñe de sangre latina las claras aguas del Mediterráneo; los sármatas, caballeros en cabalgaduras ligeras como águilas, incendian las montañas de la Pannonia y de la Mesia, que arden como teas; los alanos, de larga cabellera, cuya ferocidad es tal que tienen por desgracia la muerte en su lecho, devoran á España; los sajones descienden de sus barcas, cual monstruos marinos, sobre Inglaterra; y el planeta entero se desquicia, y sobre el planeta se liquidan, como en diluvio de sangre, los cielos por tal manera que parece esta edad de la historia una Apocalipsis viviente.

Y todos estos sucesos cedían á una en prestigio y provecho del Pontificado. Para vencer á la Roma idólatra, surgió la Bizancio, es decir, la Constantinopla cristiana; y para extraer del mundo antiguo todo lo necesario á la civilización moderna, surgió la Roma católica. Y en medio de estas grandes circunstancias históricas, dos elementos nuevos, á saber, los bárbaros, semi-disciplinados, que componían parte principalísima del ejército imperial, y los bárbaros indisciplinados, autores de las primeras irrupciones, que por todo rompían y con todo luchaban. La civilización se perdiera irremisiblemente, de

no alzarse la fuerza concentradora y unitaria del Pontificado. No hay sino considerar para penetrarse bien de este apotegma histórico que los pueblos germánicos obedecían á impulsos é instintos puramente animales, y necesitaban que los contrastase y los rindiese, no una fuerza material superior á la suya que era difícil tener, sino la fuerza espiritual del Pontificado. Imposible que los últimos Césares, los tristes sucesores de Teodosio, Arcadio y Honorio, pudieran sustituir á los obispos de Roma en este ministerio principalísimo, cuando no sentían la majestad del imperio que representaban y se iban á postrar de hinojos ante los bárbaros, vendiéndoles retazos de su púrpura, fragmentos de territorio, su honor en la duración de los siglos y su renombre en la historia. Los Césares no sabían más que oponer unos pueblos bárbaros á otros pueblos bárbaros. Así las grandes fuerzas de descomposición, que al llegar este período crítico, debían extender sobre la tierra los gérmenes de las ciudades municipales, tan necesarias á la Edad Media y los primeros borradores de las futuras naciones tan necesarias al espíritu moderno, esas fuerzas de disgregación existentes en la sociedad como en la naturaleza, debían crear reinos contra reinos; traer tribus contra tribus; suscitar pueblos contra pueblos; dividir en mil porciones el Imperio romano; fraccionar el mundo. Así Milan se levanta contra Rávena donde reside la última sombra del Imperio; Rávena contra Roma demasiado idólatra todavía; Roma contra Constantinopla demasiado cristiana. En estas circunstancias la invasión se personifica en general tan grande como Odoacro, y se personifica el Imperio en niño tan miserable como Augústulo. Y el Imperio desaparece; y en Roma, en la ciudad de los Césares, se funda, en medio de la invasión, la República. Y en esta gravísima crisis, la República con sus instituciones impersonales; la República sin los Césares antiguos; la República, mas apropiada ciertamente al nuevo espíritu, hace resaltar la figura misteriosa de los papas. Y como quiera que Milan de un lado y Rávena de otro detestan el cesarismo antiguo, contrario á sus libertades municipales, apoyan naturalmente al papa; y como quiera que los bárbaros, seducidos por el antiguo prestigio de la Ciudad Eterna, quieren fundar un Imperio naturalmente germánico, que sustituya al antiguo Imperio romano, favorecen al Pontificado para que el Pontificado contraste á la única ciudad capaz de oscurecer esta grande idea de la unidad bárbara, á la ciudad

de Bizancio. Así sucede, en este curiosísimo siglo v, un hecho muy original; sucede que el emperador de Constantinopla Zenon, quiere imponer al pontífice la herejía de Eutiques; y el pontífice, para defenderse, corre á buscar al bárbaro y arriano Odoacro. De suerte que los intereses de Milan y de Rávena; la herejía misma de Odoacro, nada devoto en su arrianismo del símbolo sostenido por la metafísica Iglesia de Constantinopla, el sentimiento federal de las ciudades italianas, coinciden á una en traer el predominio universal del Pontificado. Así un nuevo extraño fenómeno histórico. El papa, el obispo de Roma, el patriarca de Occidente, solo teme, en esta crisis gravísima, al patriarca de Oriente, al obispo de Constantinopla y al supremo señor de este obispo, al César bizantino. ¿Y qué hace el papa romano? Apoyarse en los generales bárbaros para vencer al César y al patriarca de Constantinopla. Así el pontífice Simplicio concede á un godo, á un hereje, á un arriano como Odoacro la facultad de intervencion por medio del prefecto romano en la eleccion de los pontífices; y Odoacro, fidelísimo al ministerio á su poder confiado y aceptándolo en todas sus partes, logra arrancar al emperador de Constantinopla las jurisdicciones arbitrarias que sobre Roma se arrogaba y designar y elegir un papa católico, romano, occidental, Félix III, implacable enemigo del Oriente. Y en efecto, Félix III, obedeciendo á su origen y abrazando el providencial encargo que recibiera de definir y separar el Pontificado de las tutelas patriarcal é imperial á que aspiraba Constantinopla, reúne un concilio para destruir la pretendida supremacía de esta y funda fuertemente la supremacía romana. Y en efecto, este concilio condena el arrianismo, la religion de su protector Odoacro; y condena á los arrianos de Africa, á los correligionarios de su protector Odoacro; y protege á los católicos de Oriente perseguidos á consecuencia del predominio pasajero por las herejías alcanzado en la movable Constantinopla; pero, al fin, todas estas grandes maniobras del obispo romano van dirigidas contra el Oriente, y el Oriente resulta ahora el enemigo implacable de la supremacía espiritual de Roma y del establecimiento duradero de los bárbaros á la sombra de esta supremacía.

Así puede explicarse fácilmente quien aspire á conocer los orígenes de la supremacía pontificia, cómo esta supremacía, tan necesaria á los tiempos que á la sazón se acercan, proviene de las irrupciones mismas y del mismo adve-

nimiento de los bárbaros. Muchos historiadores han querido negar el predominio de los pontífices romanos sobre los generales invasores. Y unas veces lo han considerado como una leyenda piadosa ideada *a posteriori* por la Iglesia; y otras veces, como un resultado de los ricos presentes y de los cuantiosos donativos que á los vencedores ofrecia la debilidad de los romanos obispos. ¡Manera bien superficial ciertamente de leer y de considerar la historia! Nada tan natural como el influjo ejercido por la tradicion romana sobre los papas; nada tan natural como que este influjo se personificase, no en los Césares vencidos sino en los obispos, á cuya autoridad no alcanzaba la fuerza, como elevados por su ministerio al cielo de la conciencia. Y si á esto se une que papas y germanos tenían un enemigo natural, estos en el emperador y aquellos en el patriarca de Constantinopla, compréndese y explícase con grande facilidad la correlacion existente entre el elemento germánico y el Pontificado romano. Lo cierto es que, en aquella noche terrible de la toma y saqueo de la Ciudad Eterna; mientras ni el Capitolio por poderoso, ni el templo del Júpiter Capitolino por sagrado, ni el panteon donde se refugiaban todos los dioses, infundian ningun género de respeto á los bárbaros, que destrozaban, mataban, incendiaban, esparciendo las cenizas y arrojando al rio los simulacros y las efigies, maravillosas riquezas de la antigüedad perdidas en esta gran catástrofe; como saliera de las basílicas, recientemente levantadas, una procesion católica, suspendian aquellos bárbaros sus horrores y custodiaban la cruz con tanta reverencia que bien puede decirse que los míseros cristianos, hundidos en las Catacumbas y arrojados á los circos, venian á ser como el último escudo interpuesto entre la herida moribunda Roma y sus crueles exterminadores. Y tambien era natural que el mayor influjo se ejerciese por quien ejercia tambien la mayor autoridad; y que el obispo de Roma ganase en una religion tan respetada de los bárbaros parte considerable del profundo culto prestado por estos á sus santas y temidas creencias. En estas circunstancias, cuando parece que la barbarie no puede extenderse mas y que los bárbaros no pueden venir en mayor número, aparecen como fantásticamente los mas feroces de todos, los terribles hunnos. Los desiertos de Tartaria y las costas del mar Glacial los han tristemente engendrado. El instinto de destruccion los ha traído desde sus apartados orígenes al centro del romano imperio. Velludos